

EL VIAJE DE LA SANTA

De César De María

Acción en algún momento a comienzos del siglo XIX, en una representación teatral de esa época, llevada a cabo por un grupo de teatro ambulante.

©César De María, cesardemaria@gmail.com

Seis actores llegan, quizás en un gran carromato, tal vez en una modesta caja rodante, y solo con aparecer convierten el espacio en un escenario. Son dos mujeres y cuatro hombres: una compañía de teatro itinerante que narra una historia con objetos, palos, telas, sombrillas, crucifijos, espadas de madera, sotanas y disfraces que sacan de baúles rodantes. Con ellos representarán todos los ambientes y momentos de la obra, ayudándose además con títeres, barcos de madera, maquetas e imágenes pintadas.

Dos de ellos actúan los roles protagónicos, Tomaso Malaspina, especialista italiano en efectos teatrales, de 66 años, y Juan Del Camino, actor español de 33. Los otros cuatro actores se alternan en todos los demás papeles. Arman su tinglado y cantan o hablan a coro.

La acción se inicia en Cádiz en 1796.

CORO

Llevamos en este arcón
una tormenta, un naufragio
y una gran revelación.
Jesuitas, dominicos,
un buque corsario en llamas,
una montaña, un desierto,
siete mares y un suspiro,
una virgen en un árbol
y una mártir clandestina
nacida allá en Palestina
Y degollada por mano
Del malvado Diocleciano.

(Presentan a la Santa: es una mezcla de muñeca y esqueleto envuelto en telas raídas. Despliega brazos y pies para expresarse y luego vuelve a caber en su envoltorio, que puede llevarse en brazos como a un niño de dos años).

Esta gira que nos lleva

por toda América hispana
De la capital más grande
a la aldea más lejana
Llega aquí con una historia
que a todo público encanta.
Un viaje oculto y eterno:
es el viaje de la santa.

Porque la verdad no es más
que una mentira desnuda
Y el teatro es nuestro puente
entre la fe y la duda.

JUAN: Todo empezó en 1796, una de esas noches en que yo, Juan del Camino,
actor de solo 33 años, le pedía la muerte a Dios. No le rogaba que me lleve
consigo, elevado por un ángel hacia su gloria, porque no merecía el cielo. Le
imploraba que me saque de esta vida para librarme de la culpa de haber
perdido a mi mujer por cobardía.

(Aparece en sus brazos el cuerpo de su mujer moribunda, un títere grande y
hermoso, como de un metro de alto, que de pronto él carga y otros actores
animan).

LA MORIBUNDA: Sácame de este pueblo, Juan, la peste está matando a todos.

JUAN: (La carga) Te llevaré al doctor, mi amor.

LA MORIBUNDA: Tú me dijiste que aquí podíamos actuar. Pero no hubo
público. Yo te advertí.

JUAN: No hables, cariño.

LA MORIBUNDA: Me dijiste que viniéramos porque no había peste, que iban a
pagarnos mucho...

JUAN: Por favor... (avanza con ella en brazos, llorando)

LA MORIBUNDA: ...Y que habría un doctor en cada esquina si pasaba algo.

JUAN: (Toca una puerta a patadas) Abran. ¡Doctor, doctor!

LA MORIBUNDA: Debe haber muerto también. Me voy, Juan.

JUAN: No, no. (Al público) Oí disparos afuera de la ciudad clausurada. Estaban matando a los que salían para evitar que la peste se propague.

LA MORIBUNDA: Juan, llévame a la catedral de San Roque, arriba del cerro. Está cerca. Huelo el incienso.

JUAN: No seas loca. La ciudad está en cuarentena, amor. Si salimos ¡nos matarán!

LA MORIBUNDA: Yo ya estoy muerta, tengo la peste. (Llorosa y sin aliento) Por favor, Juan, ¡deja que Cristo me cure!

JUAN: Me pasé la noche sin dormir entre sus ruegos y las balas. Ella se moría y yo por miedo le negaba su última voluntad. Solo cuando se desmayó me decidí. Fue tarde. La lleve lacia en brazos hasta lo alto del cerro, a la catedral, al altar. (Juan sube la colina, lloroso, con el cuerpo a cuestas. Llega al altar). Segunda vez que la llevaba al altar. Rezaba para que Dios la salve y me perdone. Pero se fue sin que Dios la reconforte. (Ella ha muerto. Juan cae de rodillas llorando. El cuerpo de su esposa desaparece de sus brazos y flota ante él). Te moriste. Por mi cobardía.

SU ESPOSA La vida no es para cobardes, Juan.

JUAN ¿Qué hago entonces? ¿Me mato?

SU ESPOSA La muerte tampoco.

JUAN Entonces, con ella difunta, decidí armarme de valor. (Al cielo) ¡Vamos, Dios! Dame una misión para volver a sentir que valgo! ¡Dámela! ¡Vamos! Se la pedí todos los días pero la prueba no llegó nunca. Entonces decidí ahorcarme. La muerte no es para cobardes, me había dicho mi amada. Matarme sería la prueba de mi valor. (Ata una cuerda para colgarse). Armé la soga y le di a Dios una última oportunidad: Señor, si no quieres que me suicide, ¡dame una señal ahora mismo! Déjame demostrar mi valor o me cuelgo! (Mira al cielo. Pausa) El Señor no dijo nada. (Se pone la soga al cuello). Pero en ese momento...

(Tocan fuertemente a la puerta).

Tocaron la puerta.

MALASPINA: ¡Juan, abre, es urgente, tienes que salvarme!

JUAN: ¡El cielo me oye! (Sin abrir) ¿Quién eres? ¿A quién me envía el Señor como prueba? ¿Un enfermo? ¿Un desahuciado?

MALASPINA: ¡Sí, soy un desahuciado, soy Tomaso Malaspina!

JUAN: ¡Malaspina! ¡El especialista en efectos teatrales más importante de Italia!

MALASPINA: ¡Y tú eres Juan del Camino, el actor que recorrió Europa y triunfó en Roma, donde nos conocimos! ¡Abre!

JUAN: No me nombres el teatro porque le hice el juramento a Dios de no volver a mentir.

MALASPINA: (Toca) ¡Si estás tan cerca de Dios, sálvame la vida para que te premie!

JUAN: ¿Qué pasa? ¿Quién te persigue?

MALASPINA: ¡La inquisición!

JUAN: ¿Por qué?

MALASPINA: Quieren matarme.

(Le abre)

JUAN: La inquisición ya no mata a nadie. Estamos en 1796.

MALASPINA: Pues a mí me quieren retirar de esta vida terrenal.

JUAN: Culpan de todo a la iglesia. Está de moda. ¿Es seguro que son ellos? ¿No serán esas mujeres a las que engañabas por oro?

MALASPINA: ¿Yo? ¡Nunca! (Se mete y cierran la puerta).

JUAN: Les pedías a tus amantes préstamos que nunca pagabas. Todo el teatro lo sabe. Tú no puedes ser la prueba que me pone Dios. Tú solo fuiste martirio de tus queridas.

VOCES: (Tocan) Abran. Buscamos a Tomaso Malaspina.

MALASPINA: Diles que no estoy.

JUAN: Él... (Va a mentir y se detiene) No. Hice votos de no mentir, al mismísimo cielo.

MALASPINA: ¿Has perdido la capoccia? No hay cielo acá, solo un techo.

JUAN: Desde que engañé a mi esposa le prometí a Dios que...

MALASPINA: ¿A mí que me importan tus infidelidades?

VOCES: (Tocan con fuerza) Abran.

JUAN (Decidido) Si tú eres la prueba, Dios está conmigo. Yo te protegeré.
(Trae una espada que parece real) Los enfrentaré con mi espada.

MALASPINA Es de teatro. Es de palo.

JUAN Ellos no saben. (Va a salir)

MALASPINA (Lo detiene) ¡No eres soldado, Juan, eres actor!

JUAN El capitán Marticorena me enseñó a pelear.

MALASPINA ¡Marticorena también es actor! ¡Le dicen capitán porque es ancho de hombros!

JUAN ¿Vienes a pedirme ayuda y ahora te niegas a recibirla?

MALATESTA Ayuda para embarcarme, no para pelear.

JUAN Igual te salvaré. (Se persigna. Abre y encara con mandobles al aire a tres curas embozados con sotanas negriblancas que lo esquivan aterrados) ¿Qué quieren? ¡Enfrentadme! ¡Venid!

UN CURA ¡No te buscamos a ti!

JUAN ¡Seré como la muerte que llega sin ser buscada! ¡A mí con espadachines embozados! ¡Fuera, mi profunda devoción pone a Dios de mi parte!

MALASPINA ¡No menciones a Dios, son curas!

JUAN Peor aún: (pega más mandobles) ¡cura con espada es un oxímoron del diablo! ¡Fuera, largo!

(Los curas verdugos huyen)

MALASPINA: ¡Te jugaste la vida! Qué gran actor. Los pude haber engañado.
(Pone voz de mujer) Aquí no vive ningún Tomaso. No son horas de tocar.
¿Quieren que salga en enaguas?

JUAN: Si Dios te puso delante de mí fue para pedirme algo. ¿Por qué te quieren matar?

MALASPINA Por escribir un libro.

JUAN alguna herejía habrás puesto.

MALASPINA Era un libro de teatro.

JUAN alguna abominación. alguna blasfemia. Muy italiano.

MALASPINA: No he venido hasta Cádiz para que me juzgues. Lo que quiero es que me embarques hacia il nuovo mundo.

JUAN: Soy un actor, no un naviero.

MALASPINA: Pero vives en este puerto. Seguro que eres famoso.

JUAN: No soy famoso.

MALASPINA: Eres rico.

JUAN: Tampoco. Soy actor.

MALASPINA: Pensé que conocerías armadores y capitanes.

JUAN: Ninguno.

MALASPINA: Pero tenías tu propia compañía.

JUAN: La cerré. Se lo prometí al Altísimo cuando murió mi esposa.

MALASPINA: ¿Tu esposa? ¿La piccola Fiore? Lo siento mucho.

JUAN: Fue culpa de mis mentiras, Tomaso.

MALASPINA: Y no quieres ser culpable de otra muerte, ¿verdad? Sálvame entonces. Súbeme a un barco para escapar a América.

JUAN: En América la Inquisición sí es fuerte. Allá queman y torturan.

MALASPINA: Llegaré con otro nombre. Durante el viaje tendré tiempo de fabricarme documentos nuevos.

JUAN: Te creo, italiano. Tú podías hacer que llueva en un escenario, sin nubes ni agua. Podías crear tormentas con címbalos y timbales. Pintabas en los fondos paisajes y mausoleos. Hacías dagas de caucho y sangre de caramelo. La ilusión del teatro te salía de las manos como a mí las mentiras de la boca.

MALASPINA: (Oye el silencio tras la puerta) Llévame al puerto.

JUAN: Su piadosa voluntad debe querer que te salve, a ti o a tu libro. Conozco un capitán. Si hablo con él, en una semana te puede...

MALASPINA: ¿Una semana? Debo embarcarme oggi. ¿Tienes disfraces?

JUAN: Sotanas.

MALASPINA: Perfetto.

(Juan trae dos sotanas y ambos se disfrazan. Salen).

MALASPINA: Por las calles más estrechas para que nadie nos vea.

(Caminan velozmente cuando son interceptados por tres sacerdotes con una gran cruz).

CURA 1: Alto.

CURA 2: ¿Quién es Tomaso Malaspina?

JUAN Y MALASPINA: (responden al mismo tiempo señalando al otro) Es él.

JUAN: Créame a mí porque ya no miento.

CURA 1:Cuál es tu profesión.

JUAN Y MALASPINA: (al mismo tiempo) Actor.

CURA 2: Actor que no miente, no es actor.

CURA 1: El hombre que buscamos hace teatro, pero no actúa.

CURA 3: Crea ilusiones pero nunca da la cara.

JUAN: Debe ser un autor. Esos son más mentirosos que ninguno.

CURA 1: ¿Cuál de ustedes es Tomaso?

JUAN Y MALASPINA: (al mismo tiempo señalando al otro) Él.

CURA 2: Tenemos veinte mil pesos de oro para Tomaso Malaspina.
(Silencio).

MALASPINA: Sono io.

JUAN: Sí. Es él.

CURA 2: El italiano era viejo.

CURA 1: (A Tomaso) Tú debes ser el actor. Nos dijeron que te has vuelto un cristiano honesto y cabal. Debes estar defendiendo a tu amigo. (A Juan) Tú eres Malaspina.

JUAN: ¡Es él!

CURA 3: No tenemos tiempo.

CURA 1: Les voy a hablar a los dos como si fueran el mismo. Vengo a darles un encargo de Dios que puede pagarles bien y también salvar sus vidas.

JUAN: Mi vida no, la de él.

MALASPINA: Silencio, Juan. Actor que se calla, emite luce. Diga usted, dominico.

CURA 1: No somos dominicos sino jesuitas.

JUAN: A ustedes los expulsaron de América y de España.

CURA 2: Pero seguimos aquí.

CURA 3: Nuestra misión es lograr que América se emancipe.

CURA 2: Ayudar a su independencia.

CURA 1: Para poder volver.

CURA 3: Y hacer el bien.

MALASPINA: ¿Y a mí qué me importa esa merdata?

CURA 1: ¡Tú eres Tomaso!

CURA 2: Les dije. Un viejo.

CURA 3: Queremos que se hagan cargo de transportar y entregar esta sagrada reliquia.

CURA 2: Son los restos de una santa. Caigan todos de rodillas.

JUAN: Bajo una mágica luz desvelaron una momia. Una chica de pellejo y huesos vestida con hábito de servicio. Lucía macabra y maravillosa.

(Abren un bulto que uno lleva en brazos. Bajo una luz mágica aparece un pequeño esqueleto. Todos se arrodillan menos Malaspina).

MALASPINA: Parece de verdad.

CURA 1: Es la auténtica reliquia de Santa Fortunata, mártir de la iglesia, torturada y degollada por su fe hace quince siglos.

CURA 2: Roma se la ha concedido a la iglesia de Moquegua, en el Perú.

JUAN: (conmovido, carga el pequeño cuerpo) ¿Y se llama... Fortunata?

MALASPINA: Como tu piccola fiore.

JUAN: Pero esta santa viaja en un barco gigantesco que están aparejando en el puerto hace tres días, y lo despiden con fiestas y fuegos de artificio. Lo he visto.

CURA 1: En ese barco no va.

CURA 2: Es un montaje.

CURA 3: Es teatro. (Ríen)

CURA 1: Lo hemos llenado de armas para los rebeldes americanos.

CURA 2: Allí no puede viajar.

CURA 1: Si se incendia o nos lo roban perderemos a una santa.

TOMASO: Pero a mí... ¿per che?

CURA 2: ¿Quién va a pensar que un condenado a muerte por la Inquisición lleva una santa reliquia?

JUAN: Por qué los jesuitas responden una pregunta con otra?

CURA 1: ¿Y por qué no?

CURA 3: Con ustedes irá más segura.

CURA 2: Más discreta.

CURA 3: Sin sospechas.

CURA 2: Un jesuita y una suegra saben más que una culebra.

CURA 1: Tienen dos años para llegar a Moquegua. Si cumplen con la entrega...

CURA 2: Diez mil a cada uno para mejorar sus vidas.

MALASPINA: Lo puedo hacer io solo. No tienes que sacrificarte, Juan.

JUAN: ¿Y qué pasa si no cumplimos?

CURA 1: ¿Qué pasa?

CURA 2: No podrán mejorar su vida porque...

CURA 3: No tendrán vida para mejorar.

MALASPINA: Juan, no hace falta il sacrificio.

JUAN: Se llama Fortunata, Tomaso. Es una señal del cielo. Me está pidiendo de nuevo que la salve de la muerte. (Abraza el cuerpo).

MALASPINA: Io la llevo. (Forcejean por el bulto).

JUAN: ¡Yo!

MALASPINA ¡Yo!

CURA 2: La van a desbaratar.

CURA 1: Apúrense. Háganse a la mar en el Santa Herminia...

JUAN: ¡Patrona de los naufragios!

CURA 1: Con este salvoconducto abordarán sin aprietos.

CURA 2: Nosotros daremos cuenta de tus perseguidores.

MALASPINA: ¿Un adelanto?

CURA 2: Doscientos pesos. Para el viaje.

MALASPINA: ¿Y cómo nos aseguramos de que nos den lo demás?

CURA 1: Este pagaré sellado es garantía de cobro.

CURA 2: Somos curas. No mentimos. (Se miran todos. Los curas ríen)

(Tomaso esconde el pagaré doblado en la boca de la santa, ante el asombro de Juan).

JUAN: Tomaso, con alma sacrílega, le abrió la boca a la santa y le metió entre los dientes el pagaré de papel rojo. (El italiano le cierra la boca a la santa y la vuelve a cubrir).

MALASPINA: ¡Andiamo!

CURA 1: Sabemos que eres un hombre de fe, Juan. Cuida a la Santa con tu vida y ella te dará otra más allá de este mundo.

MALASPINA: La otra vita te la darán los diez mil pesos. Y América. ¡Correndo, Juan!

(Se alejan todos en distintas direcciones. Juan queda al centro, iluminado, con la santa en brazos).

JUAN: Fortunata estaba de nuevo en mis brazos. Otra vez conmigo buscando su último descanso. Ahora incorrupta y sagrada.

MALASPINA: (Señala) ¡Il Santa Herminia!

(Ambo trepan la rampa y abordan la nao).

JUAN: Nosotros somos... mire, venimos de parte de los...

MALASPINA: Vedi. (Le muestra el salvoconducto. El enrolador lo mira).

ENROLADOR: Pasen. ¿Qué llevan ahí?

JUAN: Un bulto.

ENROLADOR: ¿Y en el bulto?

MALASPINA: Comida.

ENROLADOR: Ábrelo. (Mira el cuerpo de la santa). Comida para los gusanos. Esto les cuesta cien pesos. (Les susurra) No son los primeros que suben a un barco para deshacerse de un cuerpo.

(Tomaso paga con desgano).

MALASPINA: La mitad de lo que nos dieron.

JUAN: Ella nos cuidará.

ENROLADOR: Duerman allí, bajando esa escotilla, con el portugués del baúl de telas. Está un poco... (Se toca la sien. Sale. Juan y Tomaso pasean mientras el italiano le muestra las partes del barco).

JUAN Yo nunca había navegado pero Tomaso conocía todo a bordo.

MALASPINA Eso es el bauprés, allá la toldilla, el castillo de proa, las jarcias ¡y la verga! ¡En Génova conocí muchos marinos!

JUAN Me estoy mareando. Bajemos.

(Encuentran abajo al portugués y se hablan con distancia. El portugués lleva la mano derecha vendada).

ROSALINDO: Bon día.

MALASPINA: Buon giorno.

JUAN: Buenos días.

ROSALINDO: Este buraco es nuestra recámara. Quieren un sorbo? (Les ofrece una botella).

MALASPINA: Io quiero.

(Los tres beben a pico)

ROSALINDO: ¿Qué llevan?

MALASPINA: ¿Este bulto? Jamón. ¿Y usted?

ROSALINDO: ¿Este arcón? Paños. (Beben)

MALASPINA: No parece un arcón de paños.

ROSALINDO: Nao parece un costal de jamón. (Beben mirándose con desconfianza. Le extienden la mano. Cuando el portugués quiere devolver el saludo, estira la mano y notan que tiene una daga amenazante, sujeta con las vendas).

ROSALINDO: Rosalindo.

MALASPINA: Tomaso.

JUAN: Juan.

MALASPINA: No hace falta esa daga.

ROSALINDO Nao é seguro.

JUAN Una santa nos cuida.

MALASPINA: Viaggio verso América, a disfrutar de la vida. Por fin viviré senza paura.

ROSALINDO: Eu viajo a ganhar el oro con telas e confecções. A minha mulher morreu. Soy viudo. (Se santiguan).

JUAN: Como la mía. Por ella viajo. Y porque Dios me ha puesto a prueba.

(El italiano y el portugués beben de golpe. Suena música que los otros actores cantarán, tocarán o silbarán. El italiano y el portugués bailan, borrachos. Juan reza y bebe mirándolos. Los tres se caen de borrachos).

MALASPINA: Dormiró. Cuida el encargo.

ROSALINDO: Dormirei. Cuide mi arcón. (Se santigua)

JUAN: Dormiré. Cuídanos, santa.

(Juan abraza el cuerpo y duermen todos).

UN MARINO: ¡Leven anclas! ¡Partimos hacia América!

(La santa se separa de los brazos del actor y se eleva en el aire. Juan sueña).

JUAN: Fortunata, yo te cuidaré.

FORTUNATA: Y yo estaré contigo siempre. En el cielo y en la tierra.

JUAN: Tú eres la prueba que me manda Dios para que no me mate... como te maté yo. ¿Me perdonas, Fortunata?

FORTUNATA: Perdónate a ti mismo, Juan. Es más difícil. Duerme.

(La santa toca a Juan y este se queda dormido. Luego se acurruca entre sus brazos, hecha de nuevo bulto y quietud).

(Dos ladrones se meten a la recámara. Bolsiquean a los tres borrachos y le roban el dinero a Tomaso. Señalan el cuerpo de la santa que Juan abraza y deducen que es un objeto de valor. Tratan de despojarlo del bulto pero, por más que jalen, no logran quitársela de tan aferrado que está a ella. Al verlos a punto de abrir los ojos, los ladrones escapan. Los tres despiertan).

ROSALINDO: (Adolorido) Au. Minha cabeça, qué dolor.

MALASPINA: (Se busca y no encuentra su dinero) ¡Mis pesos, mis cien pesos!

ROSALINDO: Eu non fui.

MALASPINA: ¡Maldito portugués! (Se lanza sobre él)

ROSALINDO: (Levanta la daga) Quietos. Eu tenho muito dinero. (Les muestra un fajo que saca del busto y vuelve a guardar). Les robaron. Tienen que aprender a esconder.

JUAN: Tengo hambre.

MALASPINA ¡Un cocinero cargando una olla! (Pasa un grumete).

JUAN Marino, ¿dónde podemos desayunar?

COCINERO: Dos pesos la colación.

JUAN: Pero... no tenemos... Nos robaron.

MALASPINA: Sírvanos. (Prepotente). ¡Viajamos por encargo de la santa madre iglesia!

COCINERO: Entonces que su santa madre les dé de comer. (Sale con su olla).

JUAN: Pasamos los días navegando y mendigando. Solo el portugués, hombre de Dios, nos invitaba algo de pan que cortaba con el cuchillo que

llevaba amarrado a la mano. Para mí el hambre era otra prueba divina. Pero Tomaso quería cecinas, aguardiente y pan.

MALASPINA: Basta. Io conseguiré comida. (Se para en la cubierta sobre un cajón de madera) ¡Ascoltate tutti! (Desvela el cadáver) Questa momia descubierta... ¡è una santa! ¡Fortunata! ¡Martire de Cristo!

(Los marinos ríen)

UN MARINO: ¡Están locos de hambre los curas!

MALASPINA: La santa quiede que nos alimenten. ¡Oigan su voce divina o morirán por obra de Dio!

OTRO MARINO: ¡Se la han comido hasta los huesos! (Ríen).

JUAN: Se ríen, Tomaso.

MALASPINA: (A Juan) Pazienza. (A los marinos) Miren la niebla que baja del cielo. (No lo oyen y se van).

JUAN: Se burlaron de nosotros. Pero esa noche, después de la niebla brillante y espesa, comenzó la peor tormenta de la historia del mar.

(El barco se eleva y baja violentamente. Todos se bambolean mientras la nave enfrenta la tormenta. Algunos caen por la borda)

UN MARINO: ¡El barco está sin control!

TIMONEL: ¡A sotavento!

UN MARINO: ¡Revientan los guardamancebos!

CAPITAN: ¡Ricen la vela mayor!

UN MARINO: ¡Ancla de respeto!

TIMONEL: ¡Dios nos castiga! ¡Ahhh! (Cae)

UN MARINO: ¡El timonel! ¡Lo perdimos!

CAPITAN: Sujétense de las... ¡ah! (Cae)

UN MARINO: ¡El capitán cayó al agua!

MALASPINA: ¡Debieron hacernos caso!

OTRO MARINO: (Cae un rayo) Un rayo ha partido el mástil...

MALASPINA: ¡Pietá, santa Fortunata!

JUAN: Y de golpe, en plena mar brava, la tormenta cesó. ¡Es un milagro, Tomaso! (Todos se arrodillan y rezan)

MALASPINA: (A Juan, susurrando) No es milagro, inocente. Los marineros en Génova me enseñaron que a esta distancia del sur de España, cuando aparece la niebla, siempre cae un temporal.

UN MARINO: ¡Milagro!

OTRO: Tengan pan, agua, ron...

OTRO MAS: Vino, fiambres...

(Uno a uno los marinos les dan comida y se persignan tocando el manto de la santa)

JUAN Las olas de la herejía y el vendaval del pecado habían sido vencidos por mi fe y por la Santa.

MALASPINA No, Juan, no fue la Santa. Las tormentas, tarde o temprano, se terminan.

JUAN: (No lo quiere oír) Iré a devolverle al portugués lo que nos dio. (Al público) Pero al bajar la escotilla vi al portugués forcejeando. Dos marinos le quitaron el cuchillo y lo amenazaron con él.

LADRON 1: (Poniendo el cuchillo en el cuello de Rosalindo) ¡Búscales la plata! ¡En el pecho!

LADRON 2: (Lo rebusca y le rompe la camisa) ¡Tiene tetas! ¡Es mujer!

(Ambos se bajan los pantalones y arrojan el cuchillo Juan aparece y los hace correr con su espada).

JUAN: ¡Atrás!

LADRON 1: El cura... ¡Nos mata!

LADRON 2: ¡Vamos! (Huyen. Juan se cubre los ojos ante los senos del portugués).

JUAN: Rosalindo... eres Rosalinda.

ROSALINDO: (Se cubre) Prométame respeto. Si viajaba como mulher y además sola hubiera terminado como la puta de todos. Por eso tenía el cuchillo siempre a mano. Novo mundo, viejo mundo. Pero ainda no tenemos un mundo para las mulheres.

UN MARINO: Con el capitán muerto... ¿quién conducirá esta nave?

(El barco se bambolea de un lado a otro).

CORO

Fueron meses al garete
Sin rumbo ni tripulantes
Vimos de pronto una costa:
¡Hay pigmeos! ¡Elefantes!
Y mil canoas que vienen
Hacia nos, amenazantes.

UN MARINO: ¡América!

OTRO: No es... miren... ¡hay elefantes!

UN MARINO: Hemos descubierto... ¡los elefantes de América!

OTRO: ¡Es África, tonto!

UNO MAS: Esas balsas que nos siguen...

LOS TRES: ¡Son caníbales!

MALASPINA: ¡Recen por su último día!

UN MARINO: ¿Cómo saldremos de esta?

OTRO: No tengo idea. La noche está por caer.

UNO MAS: Que la oscuridad nos salve.

JUAN: No será la noche. Nos salvará Fortunata.

MALASPINA: Apaguen los faroles.

JUAN: (Susurra al público) Apagamos todos y perdieron nuestro rastro.

En la noche negra y cerrada del mar calmo escuchábamos los remos de los caníbales buscándonos a estribor. Sus cantos, sus silbidos. Saqué mi espada falsa dispuesto a combatir mientras todos rezaban sin palabras, callados para escondernos. Y de repente, a babor, vimos rugir un cañón.

UN MARINO De un lado los africanos...

OTRO ¡Del otro lado, piratas! ¡Un barco pirata!

UN MARINO: ¡Tienen bandera negra, nos disparan!

OTRO: ¡Agáchense!

JUAN: Son ingleses. (Miran pasar la bomba sobre ellos)

UNO MAS: Viene la bomba

UN MARINO Pasa sobre el barco.

TODOS No nos dio.

OTRO: Está muy oscuro.

UN MARINO: ¡Viene un bote!

OTRO: ¡Nos abordan!

(Dos piratas abordan la nave).

MALASPINA: (Extrañado). Son dos. Solamente due.

PIRATA INGLES: ¡Listen! No hemos venido a matarlos. Llegamos como advertencia.

OTRO PIRATA: ¿Quién es su capitán?

MALASPINA: Cayó al mar en una tormenta.

UN MARINO: Nuestros navegantes murieron con él.

JUAN: Estamos a la deriva.

PIRATA INGLES: Entonces entreguen todo o los hundimos a cañonazos.

OTRO PIRATA: Sus tesoros, su comida y su licor. El barco no lo queremos porque no tiene cañones.

MALASPINA: Pero...

PIRATA INGLES: ¡Now!

(Todos acopian sus riquezas al pie de los piratas)

PIRATA INGLES: Ese arcón.

ROSALINDO: Son solo telas.

OTRO PIRATA: Todo sirve, maricón.

PIRATA INGLES Go back...

OTRO PIRATA (Ignota a Juan) Cárguenlo hasta acá.

ROSALINDO: ¡Santa Fortunata! ¡Dile que me salve, Juan!

(Los marinos quieren cargar el arcón y no pueden).

PIRATA INGLES: Imposible. Debe ser madera de ébano.

ROSALINDO: (para sí) Milagro.

OTRO PIRATA: ¿Y ese bulto?

JUAN: Es el cuerpo incorrupto de una santa.

PIRATA INGLES: ¿El... what?

OTRO PIRATA: Entréguenlo igual.

JUAN: No. Dios me quiere santo y me la puso de prueba. Antes me matan a mí.

PIRATA INGLES: Si tú lo pides. (Le apunta al pecho con su pistola. De repente, todos miran hacia el barco pirata y lo señalan).

ROSALINDO: ¡Miren!

JUAN ¡El barco pirata está siendo atacado!

OTRO PIRATA: ¡Fuck! Las canoas rodean nuestro barco... están trepando por las cuerdas...

PIRATA INGLES: ¡Los nativos están matando a todos, Steven!

OTRO PIRATA: ¡Scotty!

PIRATA INGLES: ¡Steven!

OTRO PIRATA: (Se abrazan) ¡Ah!

PIRATA INGLES: ¡Les cortan el cuello... les arrancan la cabeza...!

(Miran aterrados mientras del otro lado se oyen los gritos de los asesinados en el barco inglés. Se tocan las gargantas como si los degollados fueran ellos).

MALASPINA: ¿Saben navegar?

OTRO PIRATA: Sí.

ALGUIEN Ayúdennos y escapen con nosotros.

OTRO PIRATA Sí, salvémonos, Scotty. Llevemos esta nave lejos de la nuestra.

(Los ingleses maniobran el timón de la nave)

ROSALINDO: ¡Mira... Queman el barco!

LOS DOS PIRATAS: (Los ingleses se toman la cabeza) ¡Nooo!

(Todos miran arder al barco a lo lejos. Un actor mueve las manos como si fueran llamas que bailan sobre el mar).

JUAN: El barco pirata era una pira flotante que latía en el corazón de ese negro mar, como la hoguera nocturna en que murió Santa Inés. Los caníbales se alejaban cantando en sus canoas llenas de carne y cabezas frías.

MALASPINA: Ellos quisieron eliminarnos y los africanos acabaron con ellos.

JUAN: Fue la santa. De rodillas ante su esplendor. Le debemos la vida a Fortunata.

(Todos se arrodillan a rezar a la santa. Tomaso susurra a Juan)

MALASPINA: No fue la santa. Fue el cañonazo. Cuando los ingleses dispararon, el fuego los delató.

JUAN: Hombre sin fe, Dios te perdone. (Queda solo con la momia) Gracias, Fortunata, ahora entiendo que el Señor usa tu corazón como una campana para llamarme a la fe. Creo en ti y en la Pasión de Cristo y te pido perdón, Dios, por haber deseado acabar con mi vida. Ya sé que tengo una misión: quieres que sea fiel, y más que fiel, un santo. Me comprometo a defender la fe con esta heroica espada, Gran Capitán de las Almas del mundo.

(Besa el manto de la santa y duerme abrazado a ella).

UN MARINO: ¡Tierra, tierra!

OTRO: ¡Es América!

UNO MAS: ¡Es... Brasil!

PIRATA ¡Lancen las sogas y amarren!

(Todos bailan de alegría. Los actores desembarcan, menos Tomaso, Juan y Rosalindo).

JUAN: No llegamos a Perú y tampoco al Puerto de Rio de Janeiro sino a Santos. Santos era el nombre del puerto de Sao Paulo, San Pablo, ese romano que no creía y se convirtió ante una revelación y acabó santo. Como me volveré yo contigo, Fortunata querida.

MALASPINA: Estás enloqueciendo, Juan. Que no te la roben.

JUAN: Ya puedes vestirme como mujer, Rosalinda.

MALASPINA: ¿Rosalinda?

ROSALINDO: No. (Le pide silencio con un gesto a Juan). La ropa de mulher no me hace ninguna falta, gracias. Creo que me quedo Rosalindo. Le doy este anillo con inmensa gratitud. (le entrega un anillo a Juan). Adeus. (Sale. Lo miran irse).

JUAN Era un anillo de oro con una escuadra y símbolos extraños.

MALASPINA: (Pregunta a alguien) Señor... ¿Dónde tomamos una carreta a Buenos Aires?

ALGUIEN: (Señala) Por ahí.

MALASPINA: Corre. El puerto está lleno de ladrones.

JUAN: Bajamos del barco desesperados. Los ladrones parecíamos
nosotros.

(Tres enmascarados los detienen).

ATACANTE 1 ¡Alto!

JUAN: Asaltantes.

MALASPINA: No tenemos grana. Niente, niente.

ATACANTE 2 No queremos tu riqueza sino tu alma, Tomaso, ¡hereje! (Abren sus
capas y vemos que visten hábitos dominicos).

JUAN: ¡La Inquisición! Te lo dije.

ATACANTE 3 ¿Lo ahorcamos?

MALASPINA: No, no.

ATACANTE 2 ¿Lo quemamos?

ATACANTE 3 ¡Lo apuñalamos!

ATACANTE 1 No ibas a escapar tan fácil. América es de los dominicos.

MALASPINA: Non e possibile matarme. Tengo una missione oficial.

ATACANTE 1 ¿Cómo?

ATACANTE 2 Condenados jesuitas.

ATACANTE 3 Los rumores eran ciertos.

JUAN (Levanta su espada) Atrás o perderán la cabeza.

MALASPINA Es mi amico, (hace gesto de locura) ya la perdió.

ATACANTE 1 Eso lo haces por dinero.

ATACANTE 3 Pero... ¿qué harás por tu vida?

ATACANTE 1 Eso que llevas, ese favor, se lo estás haciendo a los jesuitas. ¿Qué
harás para los dominicos?

MALASPINA Lo que digan. No me maten.

ATACANTE 2 Qué tal... ¿Una misión?

ATACANTE 3 ¿Qué tal dos?

ATACANTE 1 ¡Que sean tres! Te daremos tres misiones mientras recorres
América. Si las cumples te olvidamos, y si no... (los curas se pasan un dedo
por el cuello).

JUAN: ¿Misiones? ¿De qué hablan, italiano?

MALASPINA: No te conviene saber.

(Los curas se llevan a Tomaso y le explican en secreto, sin que Juan los oiga).

ATACANTE 3 Cúmplelas. Para salvar tu alma en el cielo y tu vida en la tierra.

(Salen).

JUAN: No me quiso contar nada. Manoseaba un papel blanco que no estaba tan blanco como él. Subimos a un carro y viajamos dos días hasta Buenos Aires. Dos días sin hablar. Hasta que me dijo su verdad.

(Los dos conversan mientras el carromato los bambolea).

MALASPINA: Escribí un libro de trucos teatrales.

JUAN: ¿Trucos? ¿Como hacer que caiga nieve de papel?

MALASPINA: Sí. O que alguien sangre, o desaparezca, o se eleve en el aire...

JUAN: ¿Y eso a la Inquisición por qué le importa?

MALASPINA: Bue...

JUAN: Supongo que el teatro compite con la iglesia. O tal vez es demasiada mentira y ofende a Dios.

MALASPINA: A Dios nada lo ofende, amigo, pero a la iglesia la ofende todo, Juan credulone, cándido Juan.

JUAN: (Mira por la ventana) América se veía maravillosa en la ventana de nuestra carroza. Tropical y después helada, selvática y luego desierta. En Buenos Aires, en un hospedaje, alguien le dio a Tomaso los materiales que necesitaba para su primera "misión".

MALASPINA: (Coteja los materiales con una lista escrita) Una gran corteza de árbol. Una bola de cera molto fina. Pinturas al óleo, pinceles, navajas y punzones, gomma resina para pegar. Juan, ¿entiendes este mapa?

JUAN: Tiene una cruz marcada. No queda lejos de aquí.

MALASPINA: Debemos llegar a este árbol a medianoche.

(Caminan siguiendo el mapa haciendo eses sobre el escenario. Aparece un gran árbol y lo identifican).

MALASPINA: Questo é.

JUAN: Encontramos un gran árbol. Al abrigo de la oscuridad Tomaso empezó a trabajar. En la corteza que le entregaron pintó una Bienaventurada Virgen María con rosario, aureola y manto. La hizo oscura como una sombra, como una exudación de la savia, como si hubiera

brotado del mismo tronco. Luego puso bajo los ojos dos cápsulas de cera llenas con... con sangre. ¿La sangre de quién? Mi sangre.

MALASPINA: Veni. Mano.

(Juan le ofrece la mano y Malaspina le hace un corte. Juan sangra mientras el italiano le mantiene la mano en alto y la hace gotear sobre las bolas de cera. Luego las pega en el reverso de la pintura mientras Juan se chupa el dedo).

MALASPINA: Aiutame.

JUAN: Envolvimos el gran árbol con la cáscara pintada y el italiano la pegó perfectamente, sin juntas ni resquicios; parecía la propia corteza y no una falsa, era maravilloso su arte para engañar. Nos escondimos a hacer guardia, y al salir el sol, la imagen se hizo más clara y misteriosa. Alguien la vio y gritó:

VECINO ¡Es la Virgen! ¡Ha aparecido Nuestra Señora en un árbol!

VIEJA De rodillas.

OTRA Recemos.

VECINO ¡Llamen al párroco!

VIEJA ¡Al obispo!

OTRA ¡Al cardenal!

(Todos rezan. Juan se mesa los cabellos. Aparece el cardenal y habla al pueblo).

CARDENAL ¡Como cardenal certifico que esta es una señal de Dios para que no andemos pensando en emanciparnos!

OTRA ¡Maravíllense a la vista del milagro!

VIEJA: ¡Dios nos pide sumisión frente a España!

CARDENAL No podemos cortar el cordón que nos une a esa patria bendita que nos trajo a Cristo.

OTRA ¡Y a su madre!

CARDENAL Esta imagen... ¡es sagrada! (La bendice). Ten piedad de nosotros, Madre Misericordiosa, ¡ora pro nobis!

TODOS ¡Amén!

CARDENAL Regina Virginum...

TODOS ¡Ora pro nobis!

CARDENAL Mater Salvatoris...

TODOS ¡Ora pro nobis!

CARDENAL Refugium peccatorum...

TODOS ¡Ora pro nobis!

JUAN: Y cuando todos estaban rezando con fervor, el sol cayó a plomo a mediodía, la cera se derritió y la Virgen... lloró sangre. ¿La sangre de quién? Mi sangre.

VIEJA: ¡Milagro! (Convulsiona)

TODOS ¡Milagro! (todos rezan y se golpean el pecho).

CARDENAL Vuelvan al redil, ovejas rebeldes, vuelvan a la sumisión, libertarios, ¡la Virgen llora por culpa de sus pecados revolucionarios!

(Mientras se santigua con la derecha, el cardenal le hace con la izquierda un gesto de aprobación a Tomaso. El italiano entiende y sale con Juan).

TOMASO: Sigamos camino. Ahora viene Córdoba.

(Corren. Juan de improviso se pone a llorar y detiene a Tomaso).

JUAN: No, basta. (Abismado). Eso que has hecho es un pecado.

MALASPINA: El peccato es de católicos. Para mí e solo un lavoro.

JUAN: Pero ellos creen que adoran a la Madre de Cristo... y en verdad veneran a una falsedad. Un ídolo. Un becerro de oro. Los estás hundiendo en el infierno, ¿me entiendes?

MALASPINA: Una imagen es una imagen.

JUAN: No es una imagen bendita.

MALASPINA: El cura la bendice y listo. Bendice esta piedra y se vuelve santa. E cossi. Non pasa nada.

JUAN: (Ruge) ¿Cómo que no pasa nada? ¿Y qué pasa con sus almas? ¿Y con su fe? ¡Has falseado un milagro!

MALASPINA: Ellos lo pidieron.

JUAN: ¡Los fieles piden milagros, no mentiras!

MALASPINA: Ellos, los dominicos. Esta es la misión que me encargaron.

JUAN: (Cae en cuenta). No puede ser.

MALASPINA: ¿Per che no? Venden indulgencias, queman a las mujeres, violan a los niños ¿y no te parece que puedan mentir, credulone?

JUAN: Pero... ¿por qué?

MALASPINA: Política, Juan. Lo que en el cielo se llama Religione en la tierra se llama Política.

JUAN: Tu falta de fe es dañina, italiano. (Saca su espada). Eres un demonio o trabajas para él.

MALASPINA: Tú sabes para quién trabajo, credulone, no me maldigas. Ahora vamos a comer porque me dieron dinero y debemos seguir un viaggio largo.

JUAN: (Guarda silencio. Levanta su espada de madera tomándola por la hoja y mira la cruz de la empuñadura). No pude pasar bocado. Encontré una iglesia y entré a rezar. Estaba oscuro adentro pero la duda convertía mi corazón en una antorcha. San Francisco rodeado de animales... ¿habrán sido reales? Santa Teresa, ¿es cierto que el ángel te flechó el corazón? San Denis, ¿predicaste con la cabeza en la mano, o era falsa? San Policarpo, esa paloma que salió de tu herida, ¿no era un truco, verdad? Cristo que caminaste sobre el agua, ¿tú...? ¡Qué has hecho con mi fe, italiano maldito, qué me has hecho! (Llora. Toma a Malaspina del brazo). Dame un trago. Necesito...

(Juan bebe de la botella que el italiano le alcanza, pero no suelta a la santa. Tomaso lo lleva recostado).

MALASPINA: ¿Este carro va verso Córdoba?

COCHERO Arriba que salimos ya mismo.

(Suben y se sientan. El carro se sacude mientras avanza y los dos beben en silencio. Juan llora y Tomaso se siente responsable).

MALASPINA: Juan, credulone, ¿no vas a hablar?

(Silencio de Juan)

MALASPINA: ¿Quieres que te cuente por qué prohibieron mi libro?

(Juan bebe y se encoge de hombros)

MALASPINA: Nadie debería ver tus lágrimas, amigo. Nunca hay que dejar que noten cuánto sufres. Yo también he sentido fe. Soy de Roma, Juan, debajo de mis calles había catacumbas, y en cada esquina una iglesia, y en cada familia un cura. Tenía fe y rezaba con mis padres hasta que los mataron, unos ladrones, me dijeron, yo tenía 7 años. Me quedé con mis abuelos que

nunca tuvieron plata. El viejo era un borracho que le pegaba a mi abuela y cuando se aburría me golpeaba a mí. Y si lloraba me pegaba más. ¿Sabes qué hacía para no llorar? Dibujaba. Me asomaba a la ventana y dibujaba las calles, la gente, los carruajes, Juan. El arte de muchos está hecho con lágrimas, con silencio y lágrimas. Me consiguieron entonces unas clases de dibujo los martes con el padre Mario, que además traía comida para tutti. Yo aprendía un poco y mis abuelos comían mucho. Hasta que un martes el padre Mario me bajó el pantalón. Me dijo que iba a enseñarme la esencia de Dios. (Pausa) Así me dijo. (Pausa) Ta. Y me aguanté las lágrimas todas las semanas hasta que no pude más y se lo conté a mi abuelo. ¿Sabes qué me respondió el vecchio? Que estaba mintiendo para no dibujar. Eres un ozioso, ozioso e bugiardo, mentiroso me dijeron. Mentiroso. El siguiente martes me robé la botella del abuelo y me emborraché para no tener clases de dibujo niente piú. Pero un invierno los abuelos murieron, uno tras otro. Y ya sabes quién me adoptó. La persona más santa que teníamos cerca. Il Padre. Luego me encerró en una catacumba, no recuerdo cuántos años. Hasta que una noche, ya joven, me llevó al teatro y me escapé con la compañía. ¡Me fui! No podía ser actor porque el cura podía encontrarme. Aprendí a trabajar para las obras de teatro, escondido, pero delante de cientos de personas, haciendo fuego falso, disparos de talco, lunas de papel y rocas de cartón. Mis efectos eran tan especiales que la iglesia se enteró y me buscaron los dominicos: querían que un papa muy viejo canonicase a una santa suya. Yo no sabía por qué me lo contaban. Luego me ordenaron: te ordenamos que lluevan pétalos de rosa para que no dude en firmar la bula. Instalé mis trucos la noche anterior. El papa, muy viejo, entró a su despacho, vio la bula de canonización que debía firmar y dudó. Dudó. En ese momento llovieron mis pétalos. El papa no supo de dónde venían. Alzó los brazos al cielo, mormoró algo, se puso la mano izquierda en el cuore y firmó.

Desde ese milagro los dominicos me contrataron para muchos otros más. Salía a hacerlos de noche, después del teatro. Lo era más milagroso que san Expedito. Y todo me lo gastaba en grappa. Mucha grappa.

Un día me tocó falsear dos soles en el cielo. Una bambina había visto aparecerse a santa Margarita quien le había prometido que volvería el domingo y mostraría dos soles brillando en lo alto para anunciar que la humanidad vive ebria de pecado. Ebrio estaba yo ese domingo. Vino la multitud. Solté nubes de vapor con un gran perol escondido lleno de hojas de eucalitto y acqua. Todo se nubló alrededor de la iglesia y entonces, sobre ese vapor, con un espejo, proyecté escondido otro sol. Y lo vieron y creyeron. Aleluya. ¡Miracolo! ¡Alabanza, honor y gloria! Se arrodillaron, rezaron, dieron todo su dinero y se fueron, como io. Pero olvidé apagar el fuego del perol y la catedral... puff. Una catedral en llamas fue mi último truco. (Pausa). No me contrataron más.

Empecé a necesitar dinero para mis deudas y para la grappa. El teatro no daba suficiente y los curas ya no me llamaban así que me decidí y escribí el libro. Allí contaba cómo hacer todos los trucos que el teatro pide, y de paso algunos más que había hecho para ellos, sin nombrarlos. Pero no les gustó. Por eso io sono aquí, Juan. Escapando de la inquisición. O de la catedral quemada. O de mis clases de dibujo. Con el dinero de esta santa me compraré un viñedo. Para que las uvas lloren por mí. ¿Y tú? ¿Qué harás? Diez mil pesos es mucha plata.

JUAN: Se los daré a los pobres. O a Dios, si es que lo encuentro.

MALASPINA: El día que encuentres a Dios ya no tendrás el dinero.

(Juan se encoge de hombros).

MALASPINA: Chin chin, per noi.

(Brindan. Duermen)

(La santa se eleva y Juan le reclama)

JUAN: ¿Debo creer en ti, Fortunata?

FORTUNATA Cree en lo que tu corazón te diga.

JUAN: Pero es que... mi corazón está callado. Yo lo tenía lleno de fe como una catedral y Tomaso lo dejó en cenizas. Ahora dudo.

FORTUNATA Fe sin duda no es fe, Juan.

JUAN: A mí nadie me tocó, a mí nunca me maltrató un sacerdote, pero ver que un milagro se falsifica...

FORTUNATA No todo es lo que ves, Juan.

JUAN: ¿Te estoy viendo, verdad? ¿Eres mi esposa o la santa? ¿Vienes del cielo o del infierno?

FORTUNATA Estoy donde tu fe lo diga.

JUAN: Dile a Dios que me sacrifique. Si todavía me quiere mártir dile que me vuelva a probar. Que acepto sus decretos con resignación y le daré mi vida si la pide. Díselo.

FORTUNATA Se lo diré. Duerme.

(Juan y Tomaso duermen. Tomaso lo despierta con el codo).

MALASPINA: Córdoba, Juan. Tenemos otra prueba.

JUAN: No sé si quiero verla.

MALASPINA: No puedes escoger. Necesito aiuta. Vamos a la iglesia de Santo Domingo.

(Caminan. Llegan. Entran a la iglesia. Un cura se acerca a Tomaso).

CURA ¿Es de fiar tu acompañante?

MALASPINA: Assolutamente.

CURA Esta iglesia es de los dominicos. ¿Y la de allá al frente? De los franciscanos. ¿Y este magnífico cristo crucificado, de quién es? No se sabe. Lo hizo un escultor italiano, Alberto dell'Isola, pero nunca dejó dicho si era para los franciscanos o para los dominicos. Entonces duerme un mes en cada iglesia, procesión va, procesión viene. Queremos que el cristo a través de un milagro manifieste su intención de quedarse dominico, ¿se me entiende?

MALASPINA: Capisco.

CURA Tienes que hacerlo esta noche, porque mañana sale de vuelta.

(El cura sale)

(Tomaso mira al cristo y le pide ayuda a Juan)

MALASPINA: Vamos a echarlo. Sdralato.

(Los dos bajan al cristo y lo echan).

MALASPINA: Estoy harto de hacer esto. Voy por herramientas.

JUAN: Era una imagen hermosa, de alguna madera americana más bella que la caoba, con espinas que fingían mármol y clavos que lucían de oro. Tomaso volvió con un serrucho gigante, un tronco, un hacha, unos buriles y una botella de aguardiente.

MALASPINA: Le voy a cortar los brazos. (Bebe y levanta el hacha).

JUAN: No. No puedo mirar.

(Se tapa los ojos de frente al público, sin ver el daño que Tomaso, con estrépito, le hace a la figura. Los demás actores cubren a Tomaso que serrucha y pega hachazos al cristo).

CORO:

Señores de esta audiencia

No contemplen

Lo que le hizo Tomaso

Al cristo inerme

Señores que han venido

a divertirse

Cuando vean qué pasó

Van a morir.

MALASPINA: Juan, mira.

JUAN: No quiero.

MALASPINA: Mira.

JUAN: Lo has despedazado.

MALASPINA: ¡Mira!

JUAN: Me di la vuelta y lo vi. El cristo estaba... igual.

MALASPINA: Aiuta para alzare el crucifijo.

(Los dos lo levantan).

JUAN: ¿Y los hachazos? ¿Y el serrucho? No le hiciste nada.

MALASPINA: Claro que hice. Los brazos, mira, se los cambié. ¡Ahora son más largos!

(El cristo, que es un actor, estira los brazos hacia los lados)

CURA ¿Todo listo?

MALASPINA: (A Juan) Guarda.

JUAN: Los curas levantaron las andas del cristo. Lo llevaron por el altar hacia la puerta estrecha del templo. De pronto, al llegar al vano de la fachada... el cristo no pudo salir.

CURA ¡El cristo no pasa!

CURA FRANCISCANO: ¡Pero siempre lo hemos traído y ha pasado sin problemas!

CURA ¡No cabe! ¡La extensión de sus brazos ahora es más ancha que la puerta!

CURA FRANCISCANO: ¡Abrió los brazos! ¡Milagro!

TODOS: ¡Milagro!

CURA ¡Es que el cristo se quiere quedar con los dominicos!

(Suenan campanadas y todos se ponen de rodillas).

(El cura bendice a Tomaso y este lo toma como una señal de misión cumplida).

(Salen Tomaso y Juan).

JUAN: Curas engañando a curas, ¿hay algo peor que eso? (A la momia). ¿Qué vas a decirme ahora? (Al cielo). Pedí una prueba para ser mártir pero Dios se burla de mí. Parece que el Señor quiere reírse. ¿Qué quieres, Viejo, que me haga cómico? ¿Te doy risa? ¿Esto te parece gracioso? (Le hace gestos obscenos) ¿Y así? ¿Y esto qué tal?

MALASPINA: Juan, sube al carro.

JUAN: ¿Para qué?

MALASPINA: Tenemos que cruzar los andes hacia Chile. Vamos o perdemos el viaje.

JUAN: Cruzar los andes... ¿para qué?

MALASPINA: Para entregar a Fortunata, Juan.

JUAN: ¿Entregarla para qué? ¿Para que recen? ¿Para que tengan fe? ¿Fe en qué?

MALASPINA: Pazzo, entregarla... para cobrar. Si ya no la quieres me la llevo solo.

JUAN: Déjame. Yo la cargo.

MALASPINA: Qué buena pareja son. Fortunata y Forsenatto.

JUAN: Qué quiere decir forsenatto?

MALASPINA: Ehhh... uno como tú!

(Se sientan en el carro y vuelven a traquetear mientras viajan).

(El conductor les grita, asustado).

CONDUCTOR Iremos por pueblos chicos... ¡hay muchos revolucionarios!

JUAN: Las tierras americanas quieren independencia. Se hartaron del Rey y de Dios.

MALASPINA: Tutti il mundo se harta de ellos.

CONDUCTOR Iremos hacia San Juan, luego a Huaco, Guadacol, San Juan de los Sauces, Fiambala... Las Peladas...

(Mientras el conductor nombra los pueblos avanzan saltando en sus asientos).

CONDUCTOR Ojalá no los encontramos. Matan a los curas y a los españoles.

(Juan y Tomaso de inmediato se quitan las sotanas y se ponen dos ponchos.

Duermen. La santa se eleva en el aire).

FORTUNATA Juan, despierta.

JUAN Déjame en paz. Eres una pesadilla.

FORTUNATA Vengo a anunciarte el martirio que esperabas.

JUAN No te creo nada.

FORTUNATA Prepara tu alma para el Paraíso.

JUAN No hay. No me engañas. No hay nada oculto ni eterno.

FORTUNATA Defiéndeme y Dios te demostrará lo demás.

(Juan cae dormido. Ella desaparece.

De repente, un grupo de insurrectos detiene la carreta).

REBELDE 1 ¡Alto! ¿Quiénes viajan?

REBELDE 2 Paguen su tasa y podrán seguir.

REBELDE 3 ¿Qué llevan allí? (Los revisan).

REBELDE 2 Miren... sotanas escondidas.

REBELDE 1 ¡Son curas!

REBELDE 2 ¡Al suelo! (Los derriban. Juan no suelta a la santa).

REBELDE 1 ¿Les cortamos los huevos?

REBELDE 3 ¿Los colgamos?

REBELDE 1 ¡Les cortamos los huevos!

REBELDE 2 ¡Los colgamos!

REBELDE 1 Les cortamos los...

MALASPINA: ¡Cuélguenos primero!

REBELDE 1 ¿Qué es esto?

JUAN: Son los huesos de una santa.

REBELDE 2 No sirven ni para sopa.

JUAN: No toquen a Fortunata.

REBELDE 3 ¿Quién lo dice? ¿Tú?

JUAN: Así es. Bien claro te lo prohíbo. Si la tocas, Dios te mata.

REBELDE 2 Es español.

MALASPINA: Juan, ¿estás loco? ¿Pazzo?

REBELDE 1 ¡Un italiano, ¿oyeron?! ¡Apostólico, católico y romano!

LOS TRES REBELDES ¡A colgarlos!

REBELDE 1 Ahora no, hay que hacer la guardia. Amarren dos horcas en las ramas de ese cochucho. Apenas amanezca le colgaremos dos frutos.

Pónganles la sotana para que aprendan los otros curas.

REBELDE 2 Hablando de otros curas, ¿qué hacemos con el tercero?

JUAN: ¿Cuál otro cura? Solo somos dos.

REBELDE 2 No tiene que ver con ustedes. Lo extirpamos de un pueblito allá abajo, en la quebrada. Ha mancillado a los niños y a las niñas, pero no pudieron más y contaron todo los nenes.

REBELDE 1 No lo hemos matado abajo para que los chicos no se impresionen.

REBELDE 2 Pero también vamos a colgarlo. Tráiganlo y que velen juntos.

(Traen al cura violador. Se arrodilla delante de Juan).

VIOLADOR Hermano, la confesión...

JUAN: Pero yo...

VIOLADOR Ave María Purísima.

JUAN: Pero...

VIOLADOR (Llorando) ¡Ave María Purísima!

MALASPINA: Senza peccatto concebida.

VIOLADOR Confieso haber tenido relaciones de estupro con niños de 7, de 9 y de...

(Juan se tapa los oídos y cada vez que lo hace, la voz del cura arrodillado se apaga)

VIOLADOR ... y perdóneme el señor por ser débil como hombre... haber violado a siete más de... 12 años, que vinieron a... (Juan se destapa y vuelve a tapar varias veces. El cura se confiesa sin que oigamos lo que dice, pero es tan atroz lo que cuenta que los rostros de Juan y Tomaso se desfiguran en muecas de dolor).

VIOLADOR Y eso es lo mucho que he hecho. Absuélvame, hermano sacerdote.

MALASPINA: Díselo, Juan. Absuélvelo.

JUAN: Es terrible lo que usted ha hecho. No tiene perdón.

MALASPINA: Perdónalo, Juan, va a morir. Ego ti absolvo... dile... ego ti absolvo...

JUAN: No, no, no te absuelvo. Ni en nombre del Padre ni del Hijo ni de nadie. No te absuelvo. No perdonaré más ninguna mentira ni absolveré más a ningún pecador. No soy sacerdote así que te vas al infierno sin confesión, abusivo. Oigan, sublevados, vengan. Ha confesado cosas peores que las que ustedes conocen. No merece ni siquiera que esperen al amanecer.
¡Cuélguenlo ya!

(El cura violador llora escandalosamente en el suelo).

VIOLADOR ¡No, no, sin confesión me iré al infierno, no!

JUAN: No se merece menos.

(Se lo llevan. Lo ahorcan. Tomaso mira con miedo a esta nueva versión de Juan).

(El líder de los bandidos se ensaña con Juan)

REBELDE 1 Vení acá. (Le tuerce los dedos de una mano) Así que sos más malo que el mismo diablo, y siendo cura. Si no tenés perdón, nadie te lo tendrá.

JUAN: Todo es una prueba de Dios. El dolor no me preocupa. Hagan con nosotros lo que les de la gana... (se retuerce cuando le tuercen más los dedos. De pronto, cae de sus manos el anillo que le dio Rosalindo).

MALASPINA: ¡No! Pazzo, no digas locuras. ¡El no está hablando por mí!

REBELDE 1 Mañana al amanecer no los colgaremos: los quemaremos vivos.

(Los atan y les ponen leños a los pies).

JUAN: Señor, si esto es lo que quieres para mí, bienvenido sea. Si con mi muerte quieres demostrarme tu existencia, recibo gustoso el martirio.

MALASPINA: (Al cielo) ¡No le hagas tanto caso, viejo!

(Los rebeldes recogen el anillo de Juan. Lo miran con terror: algo tiene que los espanta).

REBELDE 1 ¿Vieron?

REBELDE 2 El anillo...

REBELDE 3 Tiene símbolos...

(Dejan el anillo en el suelo y salen corriendo con terror mientras los prisioneros duermen atados).

(La santa flota ante los futuros mártires).

FORTUNATA: Pronto estarás conmigo en el Paraíso, amado Juan.

JUAN: Tendré que verlo para creerlo, amada Fortunata.

MALASPINA: ¿Con quién hablas, pazzo? Duerme que vamos a morir. (Duermen los dos).

CORO

Dios perdona a los actores

Cuando hablan con verdad

Cuando creen

Cuando sufren

Cuando duermen sin cenar

Dios perdona a los actores

Los condena cuando mienten

O responden sin pensar

Y si no sienten la luz

Dios vuelve a sufrir callado

El martirio de su cruz.

Dios perdona a los actores:

Ilumínate, sé franco

Y responde con verdad.

Dios ve bueno en los actores

El mal de la humanidad.

(Un joven de patillas y saco muy elegante llega escoltado por sus hombres, dos militares jóvenes y encuentra el anillo al pie de los atados dormidos. Ordena a sus hombres liberar a los dos cautivos).

SAN MARTIN: Suéltelos.

MALASPINA: (Despierta) No nos quemén.

SAN MARTIN: No se preocupen más. Los bandoleros huyeron.

JUAN: ¿Y la santa?

UN MILITAR ¿Este bulto? (Juan lo abraza)

MALASPINA: ¿Quién es usted?

SAN MARTIN: Mi padre me pidió recorrer el Virreinato para que aprenda de él, para que quiera liberarlo y poner orden.

JUAN: ¿De dónde viene?

SAN MARTIN: Del otro extremo del país, de Yapeyú.

MALASPINA: ¿Y su nombre?

SAN MARTIN: José de San Martín.

MALASPINA: Nombre de santo, Juan, buona fortuna.

JUAN: (Al bulto) ¿Has sido tú, Fortunata?

MALASPINA: Usted tan joven paseando tan lejos de casa, lontano, ¿per che?

SAN MARTIN: Porque algún día haré algo grande por mi tierra. Se lo pido siempre a Dios. Para eso me educo en Europa. ¿Son europeos, verdad?

MALASPINA: Espagnolo e italiano.

SAN MARTIN: Le debo mucho a sus patrias. Y son de mi orden. Masones.

Encontramos su anillo. (Les devuelve el anillo sonriente y Juan se lo pone otra vez).

JUAN: Con esto que hace queda pagado. Dios lo bendiga.

SAN MARTIN: Vayan. Sigán su camino. Tengan. Dos caballos.

MALASPINA: ¡Vamos a cruzar los Andes a cavallo!

SAN MARTIN: Algún día yo también lo haré. (Les estrecha la mano)

JUAN: Ojalá. (Sale San Martín joven)

MALASPINA: Eso fue un miracolo, Juan. Non fui io. Fue la santa.

JUAN: Fue suerte y nada más, italiano credulone.

(Cabalgan y salen. Cruzan los Andes. Van de Argentina a Chile montados en dos caballos de palo).

JUAN: ¿Cuántas pruebas te quedan, farsante?

MALASPINA: ¿Por qué me dices eso? ¿Ya no somos amigos?

JUAN: Tienes razón. ¿Cuántas pruebas te quedan, amigo farsante?

MALASPINA: Soltanto una. En una mina de rame que acaban de descubrir.

JUAN: ¿Qué cosa es rame?

MALASPINA: Cobre. Los dominicos quieren que los pobres del desierto se queden cerca de la mina, para que los contraten como... minatore... ¿cómo se dice en español?

JUAN: Ya te entendí, Tomaso. Quieren esclavos para su mina. ¿Y qué gana la iglesia? ¿Cobre?

MALASPINA: Qué va. ¿Has visto en alcuna occasione un cáliz de cobre?

JUAN: Llegamos a la mina Las Ánimas en un pueblo sin nombre al sur de Coquimbo. Solo por dos cruces que nos dieron como señal. Nadie la explotaba porque no había pobladores cerca para contratar. Los indígenas se habían ido al sur, los negros eran muy caros y los blancos nunca iban a pisar el desierto.

MALASPINA: Ese es el cura, a parlare con él.

JUAN: Usted es...

PADRE: El padre Alonso.

JUAN: ¿Por qué teniendo parroquia no tiene fieles?

PADRE: Mi problema es que... no soy convincente.

JUAN: No le creo.

MALASPINA: Non e possibile.

PADRE: ¿Ya ve? Con esta voz de anciano nadie me hace caso.

JUAN: Este hombre necesita un milagro para que todos lo admiren.

PADRE: Sí. Se lo he pedido a San Arturo Abad, patrono de los ermitaños, a la Virgen de los Desamparados e incluso a su madre Santa Ana, patrona de mineros y artículos perdidos..

JUAN: El milagro que necesita se lo dará San Tomaso.

MALASPINA: Io.

PADRE: ¡Pensé que no llegaría nunca! Quiero que en vez de verme como un sacerdote viejo y débil me perciban como un eremita y vengan a adorarme en largas peregrinaciones.

MALASPINA: Qué semplice. Necesito varas de cobre.

PADRE: ¿Solo eso?

MALASPINA: Un mazo, un yunque y nada más.

(Tomaso aporrea una vara de metal a martillazos. El padre sirve vino a Juan).

JUAN: Mientras Tomaso preparaba su siguiente milagro, el cura me hablaba con confianza creyendo que mi sotana era tan verdadera como su vino de misa.

PADRE: (Bebiendo ambos) Acá son todos paupérrimos, indigentes. Si la mina los atrapa les dará un sentido a la vida. Y si mi presencia los trae cerca de la mina la combinación será buena para todos. Dios salve a la Santa Madre Iglesia.

JUAN: (A platea) Que salve a la iglesia, porque a los pobladores no los va a salvar nadie.

PADRE: Salud por eso. (Beben más vino de misa)

MALASPINA: Venga, prete. Juan, sostén esta tela en alto.

(Juan cubre con una tela al padre que se esconde tras ella con Tomaso. Cuando Juan deja caer el paño vemos al padre sentado en el aire, sujeto por una plataforma oculta como la que usan los artistas callejeros cuando fingen levitar).

JUAN: ¡Vengan a ver al padre Alonso! ¡Escuchen todos su perorata aristotélica, peripatética y escolástica! Tal como lo hicieron los antiquísimos anacoretas y los santos padres de la iglesia, ¡él nos señalará el auténtico camino del saber y la salvación eterna!

ALGUIEN Miren... ¡está levitando!

OTRO MAS ¡Es un cura milagroso!

JUAN: ¡Milagroso, profeta y sabio! Como San Alberto Magno, como Santo Tomás de Aquino, ¡el padre Alonso les explicará la diferencia entre esencia y existencia y les demostrará la verdadera presencia de Dios!

PADRE: Qué bien predica usted, parece actor. Debería reemplazarme.

SEÑORA ¡Quedémonos a vivir alrededor de este santo!

PADRE: Sí, quédense. Hay trabajo acá cerca, en la mina de cobre.

SEÑOR: ¡Construyamos un templo!

PADRE: Quédense a vivir en este desierto y su alma florecerá en esta vida y en la siguiente.

MALASPINA: Missione compiutta. Listo. Arrivederci, san Alonso.

JUAN: Dios guarde a los que le crean.

(Se despiden. Cabalgan en sus caballos de palo).

JUAN: A 20 leguas está la frontera, en Chañaral. Después de allí viene Charcas, y algo después el Perú.

MALASPINA: Tu santa está muy felice sabiendo que está prossima a llegar.

JUAN: Bah. Pamplinas. (Se la echa a la espalda como un bulto al que ya no tiene ningún respeto). No creo que esté feliz. Es solo un montón de huesos con un pagaré en la boca.

MALASPINA: Que nos dará muchos pesos.

(Cabalgan por un día)

JUAN: Y eso?

MALASPINA: Chañaral.

JUAN: Este pueblo miserable. Pero yo hablaba de eso.

(Delante de ellos aparece un río de tela azul).

MALASPINA: Un río crecido, en acqua alta. Mala fortuna, amico.

JUAN: ¿Podremos pasar con los caballos?

MALASPINA: (Mira preocupado) No.

JUAN: Podemos pedirle a ese hombre que nos cruce en su barcaza.

MALASPINA: ¿No caben los caballos?

JUAN: Qué nos queda.

MALASPINA: Varios días de ruta a pie... muy difícil. (Silencio).

JUAN: Diez mil pesos cada uno.

(Malaspina se decide).

MALASPINA: Vamos. (Al pescador en la orilla). Signore... Su barcone. ¿Puede pasarnos al otro lado?

PESCADOR: Está subiendo el río, po. Es peligroso pasar napué.

MALASPINA: Pero se ve tranquilo.

PESCADOR: No los puedo llevar en mi chaica. Se ve paihuén pero se va a poner neuquén. Oigan el cuncumen. Va a crecer.

JUAN: Pasemos sin él. (Le señala la barcaza al pescador) ¿Nos la vende?

PESCADOR: Cuánto tienen.

MALASPINA: Estas monedas.

PESCADOR: (Las mira. Las muerde. Acepta). Vencheren. Pero si se pierden nada de runafutún.

JUAN: Seguramente.

MALASPINA: Prometido.

(Suben a la barca. Tomaso la empuja con el remo y Juan carga a la momia).

MALASPINA: Sujeta bien el pacchetto que el río viene creciendo.

(Juan abraza a la santa. El río sacude la balsa pero siguen avanzando).

MALASPINA: ¡Se pone peggiore! ¡Attento!

(La balsa se sacude más con los golpes del río embravecido. Juan, por sujetarse, suelta a la santa y esta cae al río).

MALASPINA: ¡Santa al acqua!

(Uno de los actores se la lleva flotando velozmente y la saca de escena).

CORO:

El agua al bote levanta

Y lo sacude con brío

Y de repente en el río

Cayó y se perdió la santa.

Se congeló en la garganta

El llanto y el griterío

Su cielo será el mar frío

Cayó y se perdió la santa.

El futuro los espanta:

Los va a matar el gentío

Pagarán el acto impío

De haber perdido una santa.

(Llegan al otro lado y saltan del bote. Espantados, miran al río)

JUAN: ¿Qué vamos a hacer, Tomaso?

MALASPINA: ¿Cómo pudiste soltarla, Juan?

JUAN: Debí lanzarme al agua.

MALASPINA: Desapareció súbito. ¡Hubieras muerto!

JUAN: Igual vamos a morir si no llegamos con ella.

MALASPINA: Y sin cobrar, porque el pagaré lo tenía entre los denti.

(Caen sentados y se toman la cabeza).

MALASPINA: (Se ilumina). Aspetta. Tengo una soluzione. Hagamos otra santa.

JUAN: ¿Con qué?

MALASPINA: Estamos en el desierto. Hay arcilla, huesos de animales...

JUAN: Acá hay un pellejo seco.

MALASPINA: Estas piedras pequeñitas apparire como dientes.

JUAN: ¡Esta sogá como pelo!

MALASPINA: Eccolo qua.

JUAN: Tenemos un largo día.

MALASPINA: Andiamo.

JUAN: Y nos pusimos a hacer una nueva Fortunata. Yo encontraba materiales y Tomaso les daba forma. Nos quedó más hermosa que la santa original. Una sogá destejida fue su cabellera rubia. Sus dientes eran guijarros y sus manos, ramas secas. Y al final quedó asombrosa. Nunca había estado viva pero lucía tan bella.

(Muestran la muñeca que han hecho con barro, huesos y yeso. Luce como una imagen de iglesia, tan hermosa que contrasta con la reliquia perdida).

MALASPINA: No se parece, Juan del Camino.

JUAN: Ellos nunca han visto la original. Vamos que el camino es largo.

(Al público). Y recorrimos las últimas leguas. 12 días de camino por el desierto y la playa. Comiendo lo que pescábamos y bebiéndonos la orina. Y al final llegamos a Moquegua.

UN INDIO ¡Miren... llegó la santa!

UNA INDIA ¡La traen esos sacerdotes!

DEVOTOS ¡Bendición, padres, bendición!

(Avanzan bendiciendo a la gente que toca el manto de la santa con devoción).

JUAN: Todos los pueblos del norte del Perú estaban allí esperándola, con máscaras y bailes y músicos y trajes para rendirle tributo. En la catedral

nos esperaba el obispo Monteagudo, con capa pluvial de brocado adornada con perlas y piedras preciosas.

OBISPO: Cómo han tardado en llegar. Anunciemos que mañana mismo la presentaremos a Moquegua.

JUAN: Aquí está, su excelencia reverendísima. Recíbala en sus brazos.
(Tomaso le pone en brazos la santa al obispo y a este se le cae el bulto al suelo).

JUAN: Y de repente el vejete la sujetó mal y... y... (muy triste y lentamente) y se le cayó.

(La santa cae en cámara lenta sostenida por dos actores y estalla en el suelo. Cuando abren el bulto está hecho pedacitos).

OBISPO: Pero esto... no es un cuerpo.

SU AUXILIAR: Huesos de animal. Piedras en los dientes.

MALASPINA: Io non so. Eso es lo que nos dieron y eso es lo que traemos.

JUAN: Nos ha costado dos años llegar hasta acá ¡y la rompen!

OBISPO: No fue mi intención.

JUAN: Viejo inútil.

MALASPINA: ¡Es un obispo, Juan, boca chiusa!

JUAN: Mañana vendrán los indios y los nobles de todo el sur del Perú y cuando la vean rota y protesten, ¿qué les va a decir Monseñor? ¿Boca chiusa?

SU AUXILIAR: Se van a alzar, van a volver a sublevarse.

OBISPO: La trajimos para amansarlos...

JUAN: ¡Y la rompen!

OBISPO: Hay que volverla a pegar. ¿Ustedes pueden?

MALASPINA: Podemos. Pero nos pagan primero.

AUXILIAR: Tenemos los diez mil pesos que tocan a cada uno. Pero antes, vuélvanla a hacer. Pago contra entrega.

JUAN: Entonces Tomaso pidió materiales.

MALASPINA: Escriba: Yeso de París, porcelana en polvo, brocado y pan de oro, claras de huevo, trenzas de niña recién cortadas, nácar, perlas para los dientes, uñas de muerto, aceite de lana para la piel, alambre de plata, hilo y aguja, ¡pronto!

JUAN: Y nos trajeron las cosas y volvimos a crearla. (Se dedican a armar, coser y pintar la santa otra vez). Y quedó más hermosa todavía. (La contemplan: ya está lista) Hermosa y falsa. Brillante como hecha de caramelo. Ya no podía conversar con ella. (Truena los dedos para llamar la atención de la santa). No me hablaba. No me oía.

MALASPINA: ¿Nos pagan de una vez?

OBISPO: Mañana, después de presentarla.

JUAN: Tuve un mal presentimiento y pedí: queremos dormir con ella.

Velarla antes de mañana. No vaya a ser que la roben.

(El cura auxiliar mira al obispo, que asiente con la cabeza).

JUAN: Dormimos en el techo de la iglesia, Tomaso borracho como siempre y yo abrazado de la santa impostora. Al amanecer, cuando los indígenas tocaban sus instrumentos y se acercaban bailando a la iglesia, bajamos.

MALASPINA: Nosotros mismos la pondremos en el altare.

(Entre oraciones en latín que suenan como fondo y que el pueblo murmura y repite, Juan y Tomaso llevan a la santa al altar. Tomaso la carga delicadamente).

MALASPINA: Juan del Camino, hazte a un lado.

JUAN: Ponla con calma, que no se vuelva a...

(Tomaso la pone sobre el altar. Casi se le cae. No sucede. Se persignan. Suenan campanillas de misa. Tomaso la descubre con lentitud, abriendo sus finísimos velos. La mira detenidamente. Juan, de rodillas, mira al suelo).

MALASPINA: Juan...

JUAN: ¿Qué?

MALASPINA: Tienes que verla.

JUAN: ¿Por qué?

MALASPINA: Esta momia... esta santa... no es la que pegamos anoche.

JUAN: ¿Qué dices?

MALASPINA: No tiene huesos ni perlas. No tiene porcelana ni pergamino. La piel es de verdad.

JUAN: No te burles de mí.

MALASPINA: Mira tú mismo, Juan.

JUAN: (Se acerca. La miran boquiabiertos). ¿Has hecho otra?

MALASPINA: Es la que tuviste abrazada toda la noche. No es falsa. Es la misma.

JUAN: ¿La misma?

MALASPINA: La que perdimos. La que cayó al río.

JUAN: (Asustado) Imposible. Tú la viste hundirse y desaparecer.

MALASPINA: Ora también la estoy viendo.

JUAN: ¿Me estás diciendo que ha vuelto? ¿Que ha salido de la nada y...?

(Silencio de ambos, conmovidos)

MALASPINA: No lo estoy diciendo, lo estoy viendo.

JUAN: Si fuera ella sería...

MALASPINA: Sería... Un milagro.

JUAN: (Escéptico). No. Si fuera ella, tendría en la boca el pagaré que le metiste cuando nos la dieron.

MALASPINA: Le pondré una hostia en la boca y veré si lo tiene allí.

(Levanta una hostia, la mete en la boca del esqueleto y saca un papel doblado: es el pagaré que le dieron los jesuitas).

MALASPINA: Aquí está.

JUAN: Ver para creer. (Comprueba que el papel es el mismo. Le tiemblan las manos).

MALASPINA: Está sonriente, mírala.

JUAN: Es el papel que nos dieron. ¿No será... otro engaño tuyo?

MALASPINA: Juan del Camino, he fatto molto milagro falso, pero sé reconocer un milagro auténtico cuando lo veo. (Se arrodilla y se santigua).

JUAN: ¿No has sido tú? ¿Entonces...?

(Tomaso no responde y reza entre suspiros. Juan, conmovido, se acerca a la santa y le toca la mano. La reconoce. Se lleva la mano a la cabeza y trata de hablar pero no puede. Entra un fraile).

FRAY TADEO OCAMPO: Soy Fray Tadeo Ocampo, el encargado de pagarles.

Desde hoy dirán que fui yo el que la traje.

(Los dos asienten y reciben sendos bolsos llenos de monedas de oro. Fray Tadeo Ocampo sale. Tomaso y Juan guardan el dinero y se miran, con esa larga mirada que se dan los que no quieren despedirse. Se quitan los hábitos sin quitarse la mirada. Se abrazan fuertemente. Tomaso sale).

JUAN: Tomaso se quedó en Tacna, a muy poco de Moquegua. Dicen que recibe italianos y se dedica al comercio, aunque yo sé que en secreto apoyó todas las revoluciones contra España. Disfrazaba llamas con quepís y uniformes, hacía fusiles de cartón piedra, enseñaba a escribir con tinta invisible... Nunca más lo vi. Yo, con mis pesos, armé una compañía de teatro. La única compañía que hace feliz a un actor. Un pequeño grupo de locos ambulantes que vamos por el mundo haciendo creer a la gente y montando este cuento extraño. (Mira al cielo). Porque alguien allá arriba me pidió que fuera cómico. Y le prometí llevarle a todos esta historia inconfesable, esta travesía secreta que es tan falsa como el teatro y tan cierta como mi voz:
El viaje de la santa.

TODOS

Si alguno con esta historia
Ha dejado de creer
Que se consuele pensando
Que algún otro halló la fe.

Porque la verdad no es más
que una mentira desnuda
Y el teatro es nuestro puente
entre la fe y la duda.

Pasaremos el sombrero:
Y si al final, por milagro
Vemos que sube de peso
Les besaremos las manos.

Y si no tienen monedas
También valen los aplausos.

Esta gira que nos lleva
por toda América hispana
llegó aquí con una historia
que al público siempre encanta.
Un viaje oculto y eterno:
es el viaje de la santa.